

AFRICA HOY

Entre convulsiones está naciendo hoy el África negra. Asombrados, desde lejos, sin tiempo para que la reflexión plasme en juicios claros, vemos surgir de ese mapa cuadriculado por las potencias colonialistas, un mosaico múltiple de rostros nuevos, de países que se presentan ante un mundo que no se atreve a abrirles los brazos. Cada día emerge, arropada aún con atavíos coloniales, una nueva entidad independiente, artificial. Las viejas estructuras tribales forcejean por resucitar y se resisten a desaparecer en el anonimato de la nueva unidad política. Roto el cordón umbilical que la unía a las viejas metrópolis, los flamantes estados giran en las usadas órbitas. ¿Tendrá razón N'Krumah cuando dijo hace un año: "Han comprendido las potencias coloniales que no podían conservar más tiempo bajo su tutela al África, y han adoptado una política nueva, que consiste en crear en África una muchedumbre de estados independientes tan débiles e inestables en la organización de su economía y administración nacional, que se verán forzados a continuar dependiendo, mediante presiones internas y externas, de los países que les han gobernado durante muchos años?" El pueblo africano está muy lejos del grupo de líderes que manejan el timón del gran navío, pero a la larga se dejará conducir por los caminos nuevos. El colonialismo ha dejado tras de sí un camino de ruinas. "Tras él no encuentra el africano, dice el pensador Diop, sino un reguero de pavesas sin vida y sin porvenir". Aun ahora, como escribe con dolor un misionero católico desde Leopoldville, "la ideología materialista no es exclusiva del comunismo. Demasiados "robots", pocos hombres. El europeo escandaliza aquí cuando proclama orgullosamente que la verdad está en la ciencia, y sólo reconoce el poder del dinero y de la civilización mecanizada occidental. Este europeo produce terrible herida en el alma africana. Estamos presenciando una invasión de extranjeros que no son otra cosa que robots que no tienen otro objetivo que dar cuerda al reloj del nuevo país. Una nueva babel de naciones, que no tienen más que un elemento común: su concepción materialista y frecuentemente amoral de la existencia".

Ante el crucigrama complicado de tantas ideologías y la madeja enredada de tantos intereses el negro exclama con Senghor: "Yo no entiendo nada. Me siento bien bajo mi piel y no tengo necesidad de idealizar así".

El doctor Luis P. Aujoulat con su precioso libro "África hoy" (1) es el Colón con quien descubrimos este misterioso, y ahora tan en ac-

tualidad, continente africano. Ayer, continente desconocido, la "terra incognita" de los geógrafos, punto de interrogación colocado en el flanco de la orgullosa Europa, sale hoy África de su misterio. Al margen, ayer, de los conflictos mundiales, África se ha convertido en el punto de mira de Oeste y Este. Sobre todo el África negra, a la luz de las coyunturas de hoy, adquiere proporciones de gigante. ¿Se realizará la profecía de Degaulle de que la suerte del mundo se decidirá mañana en el África negra? Y con sobresalto nos preguntamos si ese mañana no amaneció ya. Félix Hauphouet-Boigny, líder de la Costa de Marfil, decía hace años: "El África negra, tierra de la simplicidad y de la cordialidad, podría ser un día el continente de la reconciliación universal". Hoy el mundo negro del África hierve convulso, lanzado impetuoso en el torrente de la crisis planetaria. Y el tam-tam, que aún no ha perdido su rapidez transmisora, multiplicado hasta el delirio por la técnica moderna de la difusión ha puesto en pie de guerra a todo un continente. "La hora de África, dice Aujoulat, ¿sonó ya en el reloj de la historia? Entendámonos: sí, ciertamente la de un África que ha asumido libremente su destino después de haber integrado a su patrimonio personal las riquezas materiales y espirituales del mundo blanco y aceptado de buen grado la necesidad de una cooperación interracial indispensable. Así lo piensan sin sombra de duda los africanos. ¿Admitirán ellos que un "blanco", nacido en África, y que ha pasado más de 20 años con ellos intente demostrar que tienen razón?" Así se nos presenta el autor, y nos abre, mejor dicho, nos entreabre, la puerta del continente misterioso. Es un testigo calificado y sincero.

El hombre negro y su destino:

"Sí, yo soy un negro, y estoy orgulloso de serlo. Dios me ha hecho negro y no tengo por qué avergonzarme". Así, en tono agresivo, reaccionan muchos negros ante la incomprensión del hombre occidental. En un complejo de defensa ante la insensata pretendida superioridad de los blancos los negros se jactan de su color. Es demasiado dolorosa la historia de la raza negra. No hay raza tan asimilable, al parecer, tan fácilmente "convertible" como la negro-africana. Pero un día, ante una reacción típica mente negra, los ojos se abren asombrados a la evidencia: la conversión, o la asimilación eran ficticias. "Jamás les llegaremos a entender" dicen suspirando los viejos misioneros, que habían hecho hasta lo imposible para poner por obra la consigna de Libermann de hacerse negros con los negros. "Para entender el alma del negro, dice Senghor, hay que crearse una sensibilidad como la suya". Tarea ésta de extrema delicadeza, porque el occidental da la primacía a la razón, y el africano a la sensibilidad y a la emoción. El tema preferido del blanco es la lucha; el del negro la vida. El individuo cuenta

(1) Aujoulat, L'Áfrique.-L. P. Aujoulat, Eglise Vivante, 3^e édition. Casternan, 1960. París.

poco en Africa, por lo menos como tal individuo. Queda absorbido por la comunidad, y no existe sino para ella y por ella. Las exigencias de la familia, los imperativos de la costumbre son prevalentes a los intereses del individuo. Este no tiene más que dejarse llevar por la corriente de la vida comunal o familiar. Conservan sin embargo una personalidad robusta. Saben, sobretodo, esperar su hora. El negro africano es un enamorado de la libertad. La coacción, una obligación de fuera, se le hacen insupportables. Tienen con todo el culto de la auto-riedad, sobretodo si ésta reviste para ellos un carácter sagrado. Su facultad de percibir lo sobrenatural a través de todas las manifestaciones naturales les protege contra el seco racionalismo del hombre occidental. La ciencia del ahorro y la previsión no es accesible a su manera de concebir la realidad. El negro ama demasiado la vida, posee demasiado la alegría del vivir para alzarse sobre el presente y preocuparse del porvenir. Aun los líderes mejor orientados del continente tienen más fe en la política que en la técnica para el desarrollo de sus países, y abundan, por desgracia, más los políticos y los tribunos populares que los técnicos y los pensadores. El occidente ha contribuido nefastamente al descenso de los viejos valores africanos implantando su escala mezquina de valores. Y en primer lugar el primado de la plata se ha impuesto despóticamente destruyendo los viejos y nobles valores del espíritu.

Para muchos de los "evolucionados", así se les llama a los negros occidentalizados, el dinero se ha convertido en criterio supremo, y aun valor absoluto. Es fácil de comprender la honda tristeza de los viejos bantús ante los estragos del dinero en la juventud africana: "Los evolucionados, decían se han convertido en los hombres del lupeto, es decir de la plata". A la idolatría del dinero se ha sumado, en muchos de los líderes del continente negro, una bastarda apostasía de los valores tradicionales, culturales y morales. Sin embargo en frente de esta filosofía de la derrota ha surgido una nueva, de la esperanza, fundada en los valores permanentes de la raza, y del alma negra: "la negritud". Constantes de ella son la gozosa despreocupación, el amor de la vida, el gusto por lo sagrado, la fácil satisfacción, y un sólido sentido común, que constituyen la mejor muralla contra cualquier extraña influencia. El P. Tempels, en su obra magistral "La filosofía bantú", ha revelado no sólo al mundo de la cultura occidental, sino aun a los mismos negros, las riquezas del alma del negro auténtico sumergido en su medio natural. Base de la metafísica bantú es la identificación entre el ser y la fuerza vital. Así el ser crece o decrece según las variaciones de intensidad de la fuerza vital, y todo el ideal del bantú consiste en asegurar o aumentar su fuerza vital. Si se añade a esta noción la de la interacción de todos los seres fuerza de la naturaleza que son capaces de debilitarse y fortalecerse

mutuamente, se descubre el resorte y el trampolín de una evolución racional. Su visión dinámica del universo lleva a los negros a asimilar activamente todos los valores que se les presentan. Su aspiración a un crecimiento vital les lleva a aceptar y a retener el máximo de lo que les ofrece el Occidente.

¿Un continente dinámico y unido?

El negro-africano no es el habitante inerte de un continente inerte, o que comenzó a despezarse, sino al contrario el ser de asombrosa vitalidad en un mundo torrencial. "El Africa en marcha" es el constante estribillo de las nuevas generaciones de literatos y políticos negros. Un Africa, que va sanando de sus centenarias llagas, ha reconstruido su "personalidad", y empujada por la terrible presión de los nacionalismos se lanza incontenible al palenque de la historia. Hoy Africa, aun en sus estremecimientos convulsivos, es el continente de la vida y de la Juventud, con raíces sin embargo en las penumbras profundas de una historia de milenios. **Desarrollo económico, progreso social, evolución intelectual**, son los slogans del Africa negra de hoy. ¿Será el Africa negra la tierra bíblica de la leche y miel? La realidad del siglo XX nos lleva a perspectivas menos grandiosas. Las tierras fértiles son muy escasas, y la erosión está hace años destrozando la superficie africana. La riqueza demográfica no es muy brillante, y el Africa occidental francesa no llega a los 20 millones de habitantes.

El Africa ecuatorial es un desierto demográfico con sus cuatro millones de habitantes negros. Las migraciones y las enfermedades sociales están despoblando el Africa negra. La desnutrición es plaga universal. Un 90% de la población negra vive aún de la agricultura, y en estado muy rudimentario. La mecanización agrícola está avanzando rápidamente en ciertas zonas de Africa, con peligro sin embargo de romper las viejas estructuras sociales, y derribar la muralla defensiva de los valores tradicionales, morales y culturales del alma africana. La marcha de la industrialización es más vertiginosa. (2) Basten algunos datos. Se estiman en más de 20 mil millones de toneladas las reservas de mineral de hierro en los yacimientos del Africa occidental. Sólo Guinea rebasó en su producción metalúrgica en 1957 el millón de toneladas de hierro. En el Gabón la producción de manganeso rebasará, para comenzar, en 1962 el ritmo anual de medio millón de toneladas. El yacimiento de Mouanda es el más importante del mundo después del de Nicopol en la URSS. Las reservas hidroeléctricas de la tierra se han calculado en 500 millones de kw. Africa va a la cabeza con 200 millones de kw. contra 50 de Europa y 75 de Estados Unidos. Las cataratas y rápidos del Inga en el Congo poseen triple potencia que Rusia Europea y el doble que los Esta-

(2) Promotion industrielle de l'Afrique noire. Pierre Kalck. Revue de l'Action Populaire, enero 1961.

dos Unidos. Constituyen la reserva hidroeléctrica más poderosa del mundo. Con sus inmensos depósitos de bauxita —se calculan más de dos mil millones de toneladas— y su fabuloso potencial eléctrico el Africa, sobre todo el Africa negra, es el continente del aluminio.

Algunos han hablado de la unidad del Africa negra, pero esto no es sino un mito en abierta contradicción con la realidad africana. Africa es un dédalo de lenguas, de culturas. Alguien ha podido hablar de una civilización del bosque, como un tejido común en el que queda enlazado el múltiple mosaico del Africa negra. A pesar de la irritante variedad de costumbres, lenguas y culturas hay un fondo común. El senegalés Senghor lo ha dicho expresivamente: **"Nosotros somos los hombres de la danza, cuyos pies recuperan el vigor golpeando el duro suelo"**. Música y danza, no como simple pasatiempo sino como algo muy profundo, vital y religioso. Vida y religión formando un todo, substrato común del continente negro, y anillo de unión, que los vincula también a sus hermanos los negros, que antaño emigraron, a la fuerza, de la patria.

Estructuras que se resquebrajan:

"Alerta en los trópicos" es un artículo angustioso del escritor africano Cheikh Anta Diop, ante la ola de la industrialización invadiendo el Africa negra. La evolución industrial precipitada por el imperialismo económico del Occidente está siendo desastrosa para el Africa. Lo había denunciado ya un representante africano ante la ONU: **"Comenzaréis, decía a los americanos, por sangrar nuestros bosques y nuestras minas, después de lo cual proclamaréis que estamos maduros para la independencia"** ¿No estamos contemplando esta política en nuestros días? El mundo rural africano se tambalea ante la embestida de la revolución industrial venida de Europa. **"Hemos conocido, decía aquel viejo cacique de 85 años, uno tras otro a los ingleses, alemanes y franceses: para nosotros eran lo mismo, blancos. Nos han pedido nuestros hijos, y nos hemos dado prisa en entregárselos, convencidos que una vez instruídos volverían para enseñar todo lo que habían aprendido de los blancos. En verdad, ya no han vuelto a la aldea, sino para visitas rápidas. Ellos sólo se han aprovechado de los blancos; los jóvenes que han venido después han hecho lo mismo. Durante este tiempo, en la aldea, debíamos seguir las órdenes del comisario. El uno nos decía que construyéramos nuestras cabañas según su idea; el otro nos hacía poner, cercas; un tercero nos lanzaba a un cultivo que no interesaba a su sucesor. Pero lo peor. Estos jóvenes blancos enviados uno tras otro nos han robado la autoridad: los jefes no tienen derecho a mandar, y aun nuestros juicios no son reconocidos. Nues-**

tros hijos e hijas dejan la aldea; las mujeres pueden divorciarse como les venga en gana. El país ha perdido el sabor de la vida!"

El éxodo rural ha dimidiado el campo africano, y ha creado esos dolorosos suburbios subproletarios, esa cadena de coronas de espinas de la miseria, en torno a las ciudades. En ellos pululan todas las plagas sociales: hambre, desempleo, concubinato, natalidad reducida, prostitución. Un nuevo subproletariado a la deriva, sin arraigo en nada, que nada tiene que perder, presa fácil de ideas disolventes y de líderes atrevidos. La delincuencia juvenil, desconocida en la vida rural se ha propagado de forma alarmante en los suburbios subproletarios. Sin cuadros sociales, sin obligaciones, ni autoridades a quien obedecer pueden decir como aquellos jóvenes de New Bell: **"Nada tenemos que perder pase lo que pase; por eso estamos dispuestos a aceptar todo lo que se nos proponga"**.

Africa negra despierta, y es presa codiciada de los imperialismos económicos e ideológicos. El Africa negra, a pesar de saber olvidar, lleva muy hondas y visibles las huellas de sus sufrimientos, no puede tener recelo de nuestro mundo latinoamericano. Un vínculo fraternal une Sud-América y el Africa negra. El siglo XXI será nuestro y de ellos. El panarabismo, con Nasser a la cabeza y el comunismo internacional están cercando, en tenaza, el Africa negra. Nuestro mundo latinoamericano, con problemas similares, puede ser un buen espejo en que se mire Africa, sobretodo si nosotros les presentamos soluciones y realizaciones vivificadas por el humanismo cristiano. No llega a un 20% el porcentaje de niños en edad escolar que reciben instrucción, en el Africa negra. Más de cuatro millones de niños deberían ir a clase, pero las escuelas no tienen capacidad, sino para recibir de seis a siete cientos mil escolares, apesar del enorme esfuerzo que hacen las misiones católicas y protestantes.

El negro, bondadoso, con reservas de energía y alegría de la vida de que carece el hombre occidental, impregnado de honda religiosidad puede ser un factor decisivo en el mundo mejor, que creemos se aproxima. Oigamos a Alioune Diop: **"El Negro que brilla por su ausencia en la edificación de la civilización moderna podrá poco a poco hacer destacar su presencia contribuyendo a la recreación de un humanismo a la medida del hombre"** Y un eco de su buena voluntad resuena en el coro de voces que se eleva desde las selvas del Africa: **"No nos llaméis solamente cuando se trata de destruir y de matar. Tenemos que ofrecer algo mayor y mejor que nuestros pechos y nuestra sangre. Nuestra alma, con todo lo que encierra de llama aún no utilizada, de curiosidad intacta, de fervor en la vida"**.

JUAN M. GANUZA, S. J.